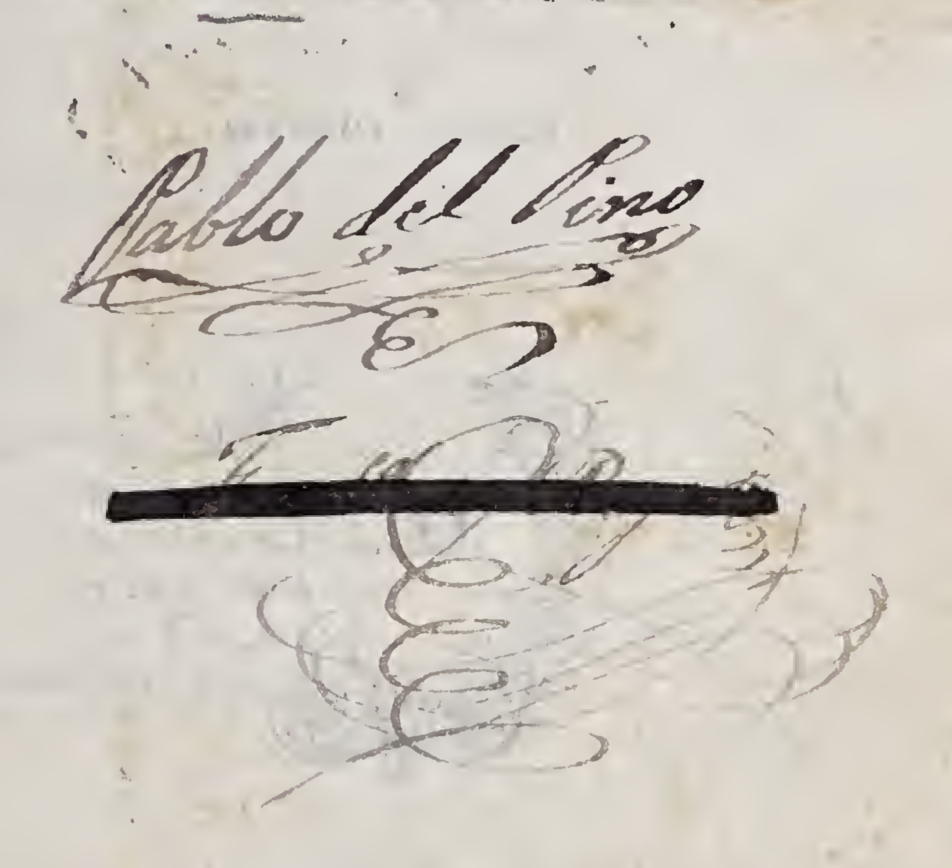
EL PRO Y EL CONTRA,

COMEDIA EN UN ACTO

POR

...NUEL BRETON DE LOS HERREROS.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.
1841.

PERSONAS.

DOÑA JOSEFA. DON LUIS.
CECILIA. DON JULIAN.
ROSA. DON SA
DON AQUILINO.

La escena es en Madrid.

El teatro representa un jardin con arbolado. A la derecha del actor, puerta con gradas que es la que conduce á lo interior de la casa. Una ve ja en el foro. Cerca del proscenio un ba

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS. DON JULIAN.

Aparecen fumando.

D. JULIAN. Mucho es venirte al jardin
dejando á Cecilia hermosa
por allá dentro.
D. LUIS. ¿Qué quieres!
Por fumar...
D. JULIAN. Siendo tu novia
y prima nuestra ademas,
creo que esas ceremonias
son escusadas.
D. LUIS. Con todo,
no es razon que de una boca
salgar [illegible]táneamente
la [illegible]isonja
[illegible] maradas horribles
palabras de miel y rosa.
D. JULIAN. Si te has de casar con ella,
mejor es que desde ahora
la acostumbres... Pero hablemos,
puesto que estamos á solas,
con la franqueza de hermanos.
¿Es cierto que te enamora
la primita?
D. LUIS. Sí, Julian.
No diré que es una loca
pasion la que me ha inspirado,
pero me gusta, que es de honra
y provecho esa muchacha.
Tiene unos ojos que roban
el corazon y un gracejo

singular. Es, como todas
las doncellas de su edad,
frivolilla y caprichosa,
pero amable cual ninguna,
despejada como pocas,
aseada sin sér pobre,
rica sin ser orgullosa.

D. JULIAN. Y á mí me parece que es
una linda perinola
sin juicio y sin fundamento,
que ama... ¿qué sé yo...? Por moda.
Se cansó de las muñecas
y ya apetece otra cosa.
Quiere casarse, y no tanto
por complacerse á sí propia
con el nuevo estado, como
por causar envidia á otras.
Mas que salir de soltera
quiere el ruido de las bodas,
y las galas, y el ascenso
de señorita á señora.
Si tú eres el preferido
es solo porque te doblas
con resignacion humilde
á su voluntad despótica.
Créeme, y no estrañes que yo
mejor que tú la conozca;
que yo sin pasion la juzgo,
y tú sin juicio la adoras.
No te cases, aunque ya
tienes dispensa de Roma,
que una vez echado el nudo
no habrá bulas que le rompan.

D. LUIS. No puede ser imparcial
tu voto siendo notoria
tu aversion al matrimonio.

D. JULIAN. Es cierto. Me dan congojas
solo de pensar en él.
¡Es tan buena, es tan sabrosa
la libertad de soltero...
Conozco á tantas bribonas...

D. LUIS. Tú tienes mala opinion
del bello sexo, y quien te oiga
no se casará jamas.
Á la viva llamas loca,
á la sensible embustera,
á la bella peligrosa;
una te choca por alta
y otra te enfada por gorda.
En fin, ninguna te gusta...
D. JULIAN. No, que antes me gustan todas,
y por eso cabalmente
no me caso.
D. LUIS. Si esa norma
siguieran todos los hombres...
En fin, allá te compongas
con tu sistema insocial,
que tal vez, aunque le elogias,
tiene mas inconvenientes
que el yugo de que te mofas.
D. JULIAN. Luis, ya que el cielo te inspira
esa vocacion heróica,
no digo que no te cases;
pero antes, es un axioma,
mira lo que te haces, Luis;
que la mas perfecta moza
tal vez despues de casada
es la caja de Pandora.
Míralo bien. Tú eres jóven,
y mugeres hay de sobra.
D. LUIS. Aun no es cosa tan formal
que... Todavía lo ignora
su madre, y... Vamos, tambien
tengo yo acá mis zozobras...
D. JULIAN. Pues aun es tiempo. ¡Ojo alerta!
Mira, hermano, que no es broma
el casarse...
D. LUIS. Sí; prometo...
D. JULIAN. Pesa bien el pro y el contra.
D. LUIS. (*Tirando el cigarro.*)
Ella viene. Si quisieras...
D. JULIAN. Ya; sí... ¡A ver cómo te portas!

ESCENA II.

CECILIA. DON LUIS.

D. LUIS. Ya volvia yo á la sala,
pero pues vienes aqui,
me alegro...
CECILIA. (*Se sienta en el banco suspirando.*)
¡Triste de mí!
D. LUIS. ¿Qué te sucede? ¿Estás mala?
CECILIA. No.
D. LUIS. ¿Estás enojada?
CECILIA. ¿Yo?
¿Con quién?
D. LUIS. Acaso conmigo.
CECILIA. No.
D. LUIS. Sintiera...
CECILIA. Que no, digo.
D. LUIS. ¿Con tu madre?
CECILIA. ¡Dale! No.
D. LUIS. ¿Pues qué tienes? No comprendo
la causa de esa importuna
seriedad.
CECILIA. No ha de estar una
á todas horas riendo.
D. LUIS. En la mesa estabas loca
de contento, y ahora...
CECILIA. ¿Qué?
Tengo *esplin.*
D. LUIS. Apostaré
á que es por una bicoca.
CECILIA. Por supuesto. Usted lo ha dicho.
Yo no sé lo que me pesco...
Tengo un genio muy sardesco...
Soy una loca, un mal bicho...
D. LUIS. ¿Pero, Cecilia, es posible...
¿Cuándo he dicho tal de tí?
CECILIA. Lo das á entender.
D. LUIS. No.
CECILIA. Sí.
D. LUIS. Pero...

CECILIA. Hoy estás insufrible.
D. LUIS. Si mi aspecto te contrista,
yo me iré porque no creas...
CECILIA. Eso es lo que tú deseas;
eso. ¡Perderme de vista!
D. LUIS. No. ¡Jamas! Pero... Soy franco:
esa estraña displicencia
me aburre... ¿Me das licencia
para sentarme en el banco?
CECILIA. ¿De veras? Bien caben dos.
¿Á qué pedirme permiso?
¿De cuándo acá tan sumiso...
Siéntese en gracia de Dios.
D. LUIS. (*Sentándose.*)
Ea pues, mi bien; no haya
desazon. Si alguien te irrita,
yo no soy. Esa manita...
CECILIA. (*Se la deja tomar.*)
¿Tambien la manita? Vaya.
D. LUIS. Tras de llevar los azotes
te pido perdon. Soy loco.
(*Va á besarla la mano, y ella la retira.*)
¿No es verdad?
CECILIA. ¡Eh! Poco á poco.
Besarla, no. ¡Y con bigotes!
D. LUIS. ¿Te asustas?
CECILIA. No es que me asusto.
D. LUIS. ¿Por ventura te dan asco?
CECILIA. Tampoco.
D. LUIS. Sería chasco...
CECILIA. Es que no son de mi gusto.
D. LUIS. Vaya; otro nuevo capricho...
Ya hace dos meses ó tres
que á todas horas los ves,
y hasta hoy nada me has dicho.
CECILIA. Primo, quien de veras ama
tiene la nariz mas fina,
y por instinto adivina
lo que no gusta á su dama.
D. LUIS. Como el bigote es de moda
y eres tú tan elegante,

creí... Me gusta bastante,
pero si á tí te incomoda...

CECILIA. ¡Hacen la cara tan lacia
esas cerdas...

D. LUIS. No haya pleito
por eso. Pronto me afeito...

CECILIA. ¡Pues! Ahora no tiene gracia.

D. LUIS. Rapado cual los carrillos
quede el labio delincuente.
Soy galan condescendiente...
y no reparo en pelillos.

CECILIA. No; asi estás mejor.

D. LUIS. (¡Qué chinche!)

CECILIA. Otra dirá que son bellos
tus bigotes; pero en ellos
no seré yo quien me pinche.

D. LUIS. (*Enfadado.*)
Pues bien; si nunca se acierta
con usted...

ESCENA III.

CECILIA. DON LUIS. ROSA.

ROSA. ¡Ay señorita!
No parece. ¡Pobrecita!

D. LUIS. ¿Cómo...

ROSA. Ni viva ni muerta.

CECILIA. ¡Ah! ¿Qué haré sin mi Celinda!
¡Tan viva, tan juguetona...

D. LUIS. ¡Qué escucho! ¿Ha muerto la mona?

ROSA. Se ha perdido. ¡Era tan linda...

CECILIA. Di ahora que no tenia
motivo para estar triste.

D. LUIS. ¿Pero por qué no dijiste...

CECILIA. ¡Ay mi mona! ¡Ay mona mia!

ROSA. Se olvidó echar el candado
que afianzaba la cadena;
saltó el animal...

CECILIA. ¡Qué pena!

ROSA. Y de uno en otro tejado...

D. LUIS. Bien; buscarla. Se pregunta...
ROSA. Se ha andado todo el cuartel,
y ¡nada!
CECILIA. ¡Suerte cruel!
La han robado, ó ¡ya es difunta!
D. LUIS. ¿Quién sabe si algun vecino...
ROSA. Aun va indagando su huella
y da dos onzas por ella
el señor don Aquilino.
CECILIA. Lo creo. Esta sí que es prueba
de amor, ¡y frio desden
es su premio!
D. LUIS. Yo tambien
á saber la triste nueva...
CECILIA. Era el cigarro primero
que estar en mi compañía.
D. LUIS. ¡Válgame Dios! ¿Quién podia
presumir...
CECILIA. ¡Mal caballero!
D. LUIS. Yo tambien si es necesario
la anunciaré por carteles,
y en los públicos papeles,
y avisaré al comisario...
¿Qué no haré yo porque halles
esa mona por quien mueres?
Hasta los ciegos, si quieres,
la gritarán por las calles.
CECILIA. ¡Bien, muy bien! ¡Búrlate ahora!
D. LUIS. ¡Oh! No hay tal. De veras hablo.
CECILIA. ¡Qué insulto!
D. LUIS. ¡Lléveme el diablo...
CECILIA. ¡Oh!
D. LUIS. ¡Prima...
CECILIA. Basta.
D. LUIS. ¡Señora!
¿Puedo yo volverme gato...
CECILIA. No la busques. Lo probibo.
D. LUIS. Pero, hija...
CECILIA. No la recibo
de tí. Primero la mato.
D. LUIS. Pero...

CECILIA. Me has hecho una herida
que nunca podré olvidar.

D. LUIS. ¿Yo...

CECILIA. No me vuelvas á hablar
en los dias de tu vida.
(*Se interna en el jardin, y desaparece.*)

ESCENA IV.

DON LUIS. ROSA.

D. LUIS. ¡Ingrata! ¡Dejarme asi!
¿Qué dices de esa manía,
Rosa mia?

ROSA. ¡Rosa mia!
¿Cuánto ha dado usted por mí?

D. LUIS. ¡Calle! ¿Tú tambien me saltas...

ROSA. Tengo honra.

D. LUIS. Pero...

ROSA. ¿Está usted?
Á otra parte con la red,
que yo no soy suplefaltas.
(*Entra en la casa.*)

ESCENA V.

DON LUIS. DON JULIAN.

D. LUIS. ¡Oiga la tonta, la puerca...

D. JULIAN. (*Sale de entre los árboles riéndose.*)
¡Bravo! ¡Lindo!

D. LUIS. ¿Quién se acerca...
¡Ah... Julian...

D. JULIAN. Todo lo he oido:
¡y cómo me he divertido!

D. LUIS. Tras de poner esa ingrata
mi sufrimiento en un tris,
la doncella alza la pata...

D. JULIAN. ¡Pobre Luis!

D. LUIS. ¡La tal prima...! ¿Hay mas estraño
capricho?

D. JULIAN. ¡Qué desengaño!
Ea, envíala á paseo.
D. LUIS. Como soy que lo deseo;
pero sufrir que me plante
y luego un chisgaravis
de mí se ria triunfante...
D. JULIAN. ¡Pobre Luis!
D. LUIS. Y, ya ves..., se dosazona
con razon, porque la mona
es alhaja.
D. JULIAN. Sí; muy bella.
Hoy te ha postergado á ella,
y por cualquier chuchería
de Lóndres ó de París
¡mañana te arañaría,
pobre Luis!
D. LUIS. No, tiene buen corazon,
aunque mala educacion.
Luego que yo la dirija
espero que se corrija...
D. JULIAN. ¿Corregirse? ¡Ya va largo!
¡Ahi es un grano de anís!
Tan mimada...
D. LUIS. Sin embargo...
D. JULIAN. ¡Pobre Luis!
D. LUIS. Hoy es el dia de prueba.
Perdona que no me atreva
hasta mañana...
D. JULIAN. Anda; busca,
busca la mona. Es muy chusca.
D. LUIS. No; que me lo ha prohibido.
D. JULIAN. Pues; y tú, fiel Amadís...
D. LUIS. Yo...
D. JULIAN. Serás gentil marido.
¡Pobre Luis!
D. LUIS. No creas que soy tan zote...
Hasta luego... (*Yéndose.*)
D. JULIAN. ¡Ah! Sí... ¡El bigote!
D. LUIS. ¡Es tan leve sacrificio...
Voy volando...
D. JULIAN. Por tu juicio

no me atreviera yo á dar...
D. LUIS. ¿Cuánto...
D. JULIAN. Seis maravedís.
D. LUIS. ¡Eh! Pelillos á la mar.
D. JULIAN. ¡Pobre Luis!

ESCENA VI.

DON JULIAN. CECILIA.

D. JULIAN. Bien merece ser marido
quien tales albardas sufre.
(*Aparece Cecilia deshojando una rosa y paseando hácia el proscenio.*)
Ya vuelve hácia aqui la prima
con rostro marchito y lúgubre.
¿Qué nuevo antojo... Tal vez,
disipada ya la nube
de su cólera pueril,
se arrepienta y capitule.
CECILIA. ¡Tú solo...! ¿Y Luis?
D. JULIAN. Se ha marchado,
pálido como el azufre,
hecho un tigre, un basilisco...
(La haré rabiar con mi embuste.)
CECILIA. ¿De veras? ¿Y contra quién...
D. JULIAN. Estraño que lo preguntes.
Contra tí. Le has despedido
por un motivo muy futil,
segun dice, y fatigado
de tantas vicisitudes,
tal corria hácia la verja,
que á poco no cae de bruces.
CECILIA. He sido injusta: es verdad.
Tenia una pesadumbre,
y él lo ha pagado. No obstante,
yo espero que me disculpe
si me ama cual yo le amo.
D. JULIAN. Mucho temo que se frustre
tu esperanza.
CECILIA. ¿Sí? ¿Por qué?

D. JULIAN. Porque se fue haciendo cruces
á esta casa y con tal aire
que quizá no te salude
otra vez.
CECILIA. ¿Será posible...
D. JULIAN. Harto será que no ajuste
el primer coche que encuentre,
sin que facciosos le asusten,
y se largue de un tiron
á Alcalá de los Gazules.
CECILIA. ¡Ah! El dolor me mataria.
Es preciso que le busques
y le digas de mi parte...
D. JULIAN. ¿Qué le he de decir? ¿No cumple
tu voluntad?
CECILIA. ¡Eh! ¿Quién toma
tan á pechos... Yo no supe
lo que me dije. ¡Por Dios,
dile que vuelva...
D. JULIAN. Es inútil.
Si os reconciliais el sábado,
de fé reñireis el lunes.
CECILIA. Pero...
D. JULIAN. En fin, yo no me mezclo
en cosas que no me incumben.

ESCENA VII.

CECILIA.

¡Ah qué hombre! En su corazon
jamas ha ardido la lumbre
del amor. No es maravilla
que de mi pena se burle.
¿Qué haré? ¡Mal haya mi genio!
Mal hayan mis prontitudes...
¿Y permitireis, Dios mio,
que en un dia se acumulen
para mí tantas desgracias?
Amaba á una mona, y huye;
amaba á un hombre, y me deja;

y era tal ya mi costumbre
de partir entre los dos
halagos, riñas y dulces,
que de esta hecha caigo mala
y no llego al mes de octubre.
¡Oh! ¡Vuelve, monita, vuelve!
Si á mi hogar te restituyes,
te vestiré de odalisca
con damascos y tisues.
Vuelve, amante de mis ojos,
y en coyunda indisoluble...

(*Aparece por la verja don Luis dirigiéndose al proscenio.*)

¿Qué veo? Él llega... Otra vez
mi astro de ventura luce.

ESCENA VIII.

CECILIA. DON LUIS.

D. LUIS. ¿Se te ha pasado el enojo?
CECILIA. Sí, mi bien, mi amor, mi gloria,
y al traerlo á la memoria
confieso que me sonrojo.
Perdona, mi Luis, perdona,
que te ofendí á mi pesar.
¿Podria yo vacilar
entre un hombre y una mona?
¡Cuál ha sido mi dolor
oyendo á tu hermano aqui
que te alejabas de mí
trocando en saña el amor!
¿Y es posible que de un trote
pensabas irte, inhumano...
¿Qué veo? Mintió tu hermano.
¡Te has afeitado el bigote!
¡Qué sorpresa! El bribonazo
te tiene envidia y me engaña.
En premio de tal hazaña
¿qué haré yo... Darte un abrazo.

(*Se abrazan.*)

D. LUIS. ¡Mi bien! No haya mas contienda...
CECILIA. No; que luego amor lo llora.
¡Ah! Yo te hago desde ahora
propósito de la enmienda.
D. LUIS. ¿Y me querrás solo á mí?
CECILIA. ¿Lo dudas? No seas niño.
¿En quién mejor mi cariño
pudiera emplear que en tí?
D. LUIS. Manda el alma que lo crea,
pero me da mil afanes
esa nube de galanes
que sin cesar te rodea.
Sobre todo, el de la mona;
don Aquilino Carranque.
Sentiré que me desbanque
tan ridícula persona.
CECILIA. Por mas que gima y se queje,
no temas...
D. LUIS. Tampoco trago
de buen gesto al don Santiago.
CECILIA. ¡Ba!
D. LUIS. Tu madre le protege.
CECILIA. Mi madre es voto de amén:
á nadie dice que no;
mas lo que la diga yo,
eso hará; lo sé muy bien.
Vamos á verla al instante.
Ella piensa que te estimo
con el afecto de primo,
no con el fuego de amante;
mas yo la diré clarito
que el novio que me conviene
eres...
D. LUIS. Calla, que aqui viene.
CECILIA. Mejor. Mè alegro infinito.

ESCENA IX.

CECILIA. DON LUIS. DOÑA JOSEFA.

D.ª JOSEF. ¿Qué os haceis en el jardin?

¿Hoy no se va al Prado?

CECILIA. No.

D.ª JOSEF. Haciendo tan buena tarde...

CECILIA. ¿Dónde hemos de estar mejor?

D.ª JOSEF. Dices bien.

CECILIA. Ahora, mamá,
tenemos que hablar las dos...
Luis es de casa. No importa
que oiga la conversacion.

D.ª JOSEF. ¿Qué quieres?

CECILIA. Quiero casarme.

D.ª JOSEF. Bien. Sea en gracia de Dios.

CECILIA. Supongo que usted me deja
el derecho de eleccion.

D.ª JOSEF. Es muy justo, porque al fin
tú has de casarte; no yo.
No obstante, debes tomar
mi consejo...

CECILIA. En eso estoy.
Hágame usted de mis novios
una exacta relacion.

D.ª JOSEF. Uno es, y yo te confieso
que su apasionada soy,
don Juan Crisóstomo Rubio,
Barreneche y Albornoz,
fiscal...

CECILIA. No quiero fiscales.
La toga asusta al amor.
En mis brazos soñaría
algun horrible complot;
respondiera á mis halagos:
otro sí...—Por cuanto vos...;
Y en mi accion mas inocente
vería un crimen atroz.

D.ª JOSEF. Me convenzo.

D. LUIS. Despedido...
y autos.

D.ª JOSEF. Don Blas Obregon,
teniente de granaderos.
¡Gran nobleza y gran valor!

CECILIA. ¿Militares? ¡No en mis dias!

Ó en Madrid quieta me estoy;
ó, nueva amazona, sigo
la suerte del batallon.
Si me quedo, me someto
á viudez triste y precoz;
si le sigo, ¡qué de afanes!
Sobre un burro matalon,
calado el mugriento gorro
de indefinido color,
con dos plumas que parecen
emblema de la nacion;
pues, ambas á dos pelonas
y tercas ambas á dos,
cuando una dice que sí
su hermana dice que no;
á merced de un asistente,
sin abrigo y sin racion,
y espuesta siempre á apearme
por las orejas... ¡qué horror...!,
perdiera mi juventud
por esos trigos de Dios.
¿Y qué sería si presa
del faccioso vencedor...
Vano fuera para mi honra
pedir capitulacion,
que no se habla de mugeres
en el tratado de *Elliot*.

D.ª JOSEF. No habia yo dado en eso.
Soy de tu misma opinion.

D. LUIS. Calabazas al teniente.

D.ª JOSEF. El que á proponerte voy
merece la preferencia.
Es un dige, es un primor
don Aquilino Carranque.
¡Qué apacible condicion!
¡Qué fino, qué currutaco!
Vaya, es la nata y la flor...

CECILIA. No pase usted adelante.
Confieso su perfeccion
para tocar el violin,
para bailar la *galop*.

Pero es muy afeminado;
y no me remedio yo,
madre mia, con maridos
de quincalla y de charol.

D.ª JOSEF. Bien dices. Su robustez
no es gran cosa. Aquella tos...

D. LUIS. Desahuciado y otro al puesto.

D.ª JOSEF. Bien. Don Santiago Querol,
propietario y fabricante,
es todo un hombre de pro.
De propósito he dejado
para el último...

CECILIA. Al peor.
Metódico y calculista,
esclavo de su reloj,
de todos mis pensamientos
pedirá cuenta y razon.
Me sisará receloso
hasta los rayos del sol.
Por ahorrar un dependiente
me pondrá en el mostrador,
ó me tendrá almacenada
como un fardo de algodon.

D.ª JOSEF. ¡Y es verdad...! Bien dijo el otro:
mas ven cuatro ojos que dos.

D. LUIS. Cero, y van cuatro.

D.ª JOSEF. Pues, hija,
ya el catálogo finó.

CECILIA. El de usted; pero no el mio.

D.ª JOSEF. Pues no acierto, como soy
Josefa... Ya te he nombrado
á todo bicho varon
que entra en mi casa. — Á no ser
que tus primos...

D. LUIS. ¡Voto á brios...
Los primos ¿no somos hombres?

D.ª JOSEF. Ya caigo... ¡Buena eleccion!
Y todo se queda en casa.
¡Pobre Julian! Yo le doy
desde ahora...

CECILIA. No es Julian.

D.ª JOSEF. ¿No es Julian?
CECILIA. Es Luis.
D. LUIS. Soy yo.
D.ª JOSEF. Mejor. ¿Y cuándo la boda?
D. LUIS. Por mí que se firmen hoy
los contratos.
CECILIA. Bien.
D.ª JOSEF. Corriente.
¿Á qué hora?
D. LUIS. Á la oracion.
D.ª JOSEF. ¿Sí? Pues voy á preparar...
D. LUIS. Yo tambien corro veloz...
Cite usted al escribano:
yo á los testigos...
D.ª JOSEF. Sí; voy...
CECILIA. (*A su madre.*)
Oiga usted...
(*A don Luis.*)
Espera un poco...
(*Habla aparte con su madre.*)
D. LUIS. (¡Esto es hecho! Amor triunfó.
Seré feliz...)
CECILIA. Tome usted
la llave del tocador.

(*Da una llavecita á su madre, y esta entra en la casa.*)

ESCENA X.

CECILIA. DON LUIS.

CECILIA. Serás mi esposo. ¡Qué dicha!
Verás con qué gusto bailo
esta noche...
D. LUIS. ¿Hay baile en casa?
CECILIA. No. En casa de don Hilario...
D. LUIS. Si tú no bailas no vives.
CECILIA. ¿Qué quieres? Me ha convidado
don Aquilino...
D. LUIS. Bastaba
ser convite de ese trasto
para disgustarme á mí.

CECILIA. No es justo...

D. LUIS. Es que, hablemos claros,
siempre eres tú su pareja,
y eso ya me va enfadando.

CECILIA. Suele dirigirse á mí,
y como con él me amaño
mejor que con otro...

D. LUIS. ¡Pues!

CECILIA. ¿Te da zelos?

D. LUIS. Me da empacho.

CECILIA. Pues sácame tú á bailar
y verás como le planto.

D. LUIS. A mí no me gusta el baile,
ni jamas...

CECILIA. ¡Buenos estamos!
Ni quieres bailar conmigo,
ni sufres que luzca el garbo
con otro.

D. LUIS. Yo...

CECILIA. Aqui tenemos
al Perro del Hortelano.

D. LUIS. Pero...

CECILIA. Pues una de dos:
contigo, ó con él.

D. LUIS. ¡Cuidado
que es manía...

CECILIA. Mas ridícula
es la tuya. ¡Ingrato! ¡Ingrato!

D. LUIS. ¿Lloras?

CECILIA. ¡Ni bailar me deja!

D. LUIS. ¿Pero á qué viene ese llanto?

CECILIA. Si asi me tratas de novio,
¿qué harás despues de casado?

D. LUIS. Tengo á ese hombre antipatía...

CECILIA. No á él, sino á mí.

D. LUIS. Hazte cargo...

CECILIA. ¡Ah! ¡Le he preferido á todos
para que me dé este pago!

D. LUIS. ¡Por Dios, óyeme! No es falta
de amor: todo lo contrario.

CECILIA. Está muy bien. No iré al baile.

D. LUIS. ¡Oh!
CECILIA. Me encerraré en mi cuarto...
D. LUIS. Vamos; no llores...
CECILIA. Mejor
sería entrar en un claustro
que casarme con un hombre
tan injusto y tan tirano.
D. LUIS. Basta. Baila con quien quieras,
aunque á mí me lleve el diablo.—
Pero el vals..., de ningun modo.
CECILIA. ¡El vals que me gusta tanto...
D. LUIS. Bien. Yo valsaré contigo.
CECILIA. ¿Sí?
D. LUIS. Soy ágil como un sapo;
mas no importa. Aunque reviente,
no quiero verte en los brazos
de un títere.
(*Saca la petaca.*)
CECILIA. Me darás
sumo gusto... ¿Otro cigarro?
¡Qué vicio tan asqueroso!
D. LUIS. Bien: no te enfades. Ya guardo
la petaca...
CECILIA. Sí; y despues...
¡Maldito sea el tabaco!
D. LUIS. No es tan facil desechar
costumbre de muchos años.
CECILIA. ¿No? Dame esa cigarrera.
D. LUIS. Pero muger...
CECILIA. Yo lo mando.
(*Con ternura.*)
Yo te lo suplico.
D. LUIS. (*Con un suspiro.*) Toma.
CECILIA. Quiero saber lo que valgo.
O no vuelves á fumar,
ó contigo no me caso.
D. LUIS. ¿Qué he de hacer? Me gusta el humo;
pero prefiero tu mano.

ESCENA XI.

CECILIA. DON LUIS. ROSA.

Cecilia sale al encuentro de Rosa, toma de ella lo que indicará el diálogo, y lo cubre con el pañuelo.

D. LUIS. (Hará de mí cuanto quiera;
sí. Soy un alma de cántaro.)
CECILIA. Muy bien. Ahora llévate eso.
(*Da á Rosa la petaca despues de tirar los cigarros.*)
D. LUIS. ¡Ah... qué lástima de habanos!

ESCENA XII.

CECILIA. DON LUIS.

CECILIA. Luis mio, acabas de hacer
un gran sacrificio.
D. LUIS. Sí; algo...
CECILIA. Hé aqui mi recompensa.
(*Le da un retrato.*)
D. LUIS. (*Mirando con gozo la miniatura.*)
¡Oh ventura! ¡Tu retrato!
Mil veces lo he de besar.
CECILIA. Basta ya, que me estás dando
envidia...
D. LUIS. ¡Qué oigo! Pues ven...
CECILIA. (*Desviándose.*)
Cuando nos case el vicario.
D. LUIS. ¡Taimada! —Será razon,
aunque pierdas en el cambio,
que yo te ofrezca tambien
mi imagen...
CECILIA. Es escusado.
Ya la tengo.
D. LUIS. ¿Cómo...
CECILIA. (*Enseñándole otro retrato.*)
Mira.

D. LUIS. ¿Pues quién... ¡Oh sorpresa! ¿Cuándo...
CECILIA. ¡Te admiras! ¿No sabes tú
que amor sabe hacer milagros?
Ya ha tiempo que de orden mia
seguia un pintor tus pasos.
D. LUIS. ¡Qué escucho! ¿Será posible...
CECILIA. Oro, paciencia y trabajo
¿qué no alcanzan?
D. LUIS. ¡Dueño mio!
CECILIA. Luis, ¿me perdonas el rapto?
D. LUIS. ¡Perdon me pides, y el júbilo
me enloquece!
CECILIA. Si este rasgo
no es prueba de amor...
D. LUIS. Sí; hermosa.
(Y yo vacilé... ¡Insensato!)
Voy á citar... Cada instante
que la ventura retardo
de llamarte mia, un siglo
se me hace. Vuelvo volando.

(*Besa tiernamente la mano á Cecilia y vase por la verja.*)

ESCENA XIII.

CECILIA.

¡Mi pobre Luis! Está loco.
Mucho le quiero, y es justo...,
aunque á veces me da gusto
hacerle rabiar un poco.

ESCENA XIV.

CECILIA. DON SANTIAGO.

Don Santiago viene de la casa.

D. SANT. Á los pies de usted, Cecilia.
CECILIA. Abur, don Santiago.
D. SANT. Al fin
la hallo á usted en el jardin.

¡Bueno! Y lejos la familia...
Mejor. La hermosa á quien amo
es usted: á la hora de esta
no he recibido respuesta
á mi instancia; y la reclamo.

CECILIA. Pero...

D. SANT. Un hombre como yo
jamas el tiempo malgasta,
y usté ha tenido el que basta
para decir sí ó no.
Aunque el alma me destroce
la contestacion que busco...

CECILIA. (¿Se ha visto amante mas brusco?)

D. SANT. (*Mirando su reloj.*)
Ahora son las cinco y doce...

CECILIA. ¿Y eso qué me importa á mí?
Vaya, que es cosa de risa...

D. SANT. Hija, usted no tendrá prisa;
lo entiendo; pero yo sí.
Mañana parto á Valencia,
y sin que sepa mi suerte,
ya ve usted que es cosa fuerte
soplarme en la diligencia.
No tome usted, niña, á mal
mi urgencia. Si me hago el lerdo,
los momentos que yo pierdo
los ganará algun rival.
Y pues aborrezco el ocio
porque á Dios he de dar cuenta,
y ya sabe usted mi renta,
zanjemos este negocio.

CECILIA. ¿Si creerá usted...

D. SANT. Ya estoy harto...

CECILIA. Que vivo desesperada,
y lloro...

D. SANT. No creo nada...
(*Vuelve á mirar el reloj.*)
Pero son las cinco y cuarto.
Esta ocasion aprovecho
recelando alguna intriga;
y para que usted no diga

que un puñal la pongo al pecho...
CECILIA. Oiga usted...
D. SANT. Entre esos frutos
dar una vuelta resuelvo
y por la respuesta vuelvo
en pasando ocho minutos.
CECILIA. No. Ahora mismo, sin ribete
ninguno, sin embarazo,
(*Aparece don Luis por la puerta de la verja.*)
digo... (¡Ah! Luis...)
D. SANT. ¿Eh?
CECILIA. Acepto el plazo.
D. SANT. (*Mirando el reloj.*)
Bien. — Las cinco y diez y siete.

ESCENA XV.

CECILIA. DON LUIS.

D. LUIS. Cecilia...
CECILIA. Á buena ocasion
llegas. (La ira me enciende.)
Don Santiago me pretende
y espera contestacion.
D. LUIS. Te habrá escrito. ¿A ver la carta...
CECILIA. No hay carta.
D. LUIS. ¿Cómo...
CECILIA. Me ha hablado;
volverá aqui. De mi lado
ahora mismito se aparta.
D. LUIS. ¿Y por qué con Belcebú
no le has dicho ya que no?
CECILIA. No he de decírselo yo.
D. LUIS. ¿Pues quién?
CECILIA. Tú.
D. LUIS. ¿Yo?
CECILIA. Tú.
D. LUIS. ¡Yo!
CECILIA. ¡Tú!
D. LUIS. Aunque un *no* jamas fue grato,
si le oye de tí, tal cual;

mas decírselo un rival...
Eso es un asesinato.

CECILIA. Su fatuidad es inmensa,
y merece ese castigo.
En fin, haz lo que te digo.

D. LUIS. Pero sepamos qué ofensa...

CECILIA. Como si fuera mi mano
mercancía valadí
me ha exigido el no ó el sí
con el reloj en la mano.

D. LUIS. Es genio suyo, querida,
y si el amor que le inflama
le atosiga...

CECILIA. Eso se llama
pedir la bolsa ó la vida.

D. LUIS. Deja estar al don Santiago.
No turbe mi regocijo...

CECILIA. Despídele: yo lo exijo.

D. LUIS. ¡Vaya en gracia! ¿Y cómo lo hago?

CECILIA. De mi parte le dirás
que maridos de su laya
no me gustan; que se vaya
y no vuelva aqui jamas.

D. LUIS. ¿Y si luego hay desafio?
¿Y si obligado me veo...

CECILIA. Es un pobre hombre. No creo
que llegue la sangre al rio.

D. LUIS. No lo digo por cobarde.
Sabe Dios que no lo soy;
pero...

(*Aparece á lo lejos don Santiago, mira el reloj y se encamina al proscenio.*)

CECILIA. Alli viene. Me voy
á vestir, que se hace tarde.

ESCENA XVI.

DON LUIS. DON SANTIAGO.

D. LUIS. (¡Darme á mí tal comision!
El antojo es como suyo.)

D. SANT. Señorita, ya los ocho...
¡Ah! No es usted á quien busco.
D. LUIS. Sí; usted buscaba á Cecilia...
D. SANT. Sí, señor.
D. LUIS. Pues... yo la suplo.
D. SANT. ¡Oiga!
D. LUIS. Me ha dado un encargo
que con mucha pena cumplo.
D. SANT. ¡Calle! ¿Tenemos intérprete?
D. LUIS. Usted ha ajado su orgullo...
D. SANT. Al grano, que tengo prisa.
D. LUIS. No es usted muy de su gusto...,
y le hace á usted un agravio,
porque al fin...
D. SANT. Menos dibujos.
Sí, ó no. ¿Qué ha dicho?
D. LUIS. Que no;
y lo peor del asunto
es que le despide á usted
para siempre...
D. SANT. ¿Á mí? ¡Qué insulto!
Calabazas... Bien. Yo pierdo
menos que ella; mas no sufro
que me echen asi á la calle
como á un ladron, ó al verdugo.
No puedo vengarme de ella...
porque es muger; mas barrunto
que es usted el venturoso
que me ha arrebatado el triunfo,
y es preciso que me dé
satisfaccion...
D. LUIS. No rehuso...
(¡Si lo dije!)
D. SANT. Muy bien. ¿Armas?
D. LUIS. Florete.
D. SANT. Dos bien agudos
tengo en casa. Andando.
D. LUIS. ¿Ahora?
D. SANT. El llanto sobre el difunto.
D. LUIS. Mañana. Hoy tengo que hacer.
D. SANT. Mañana tomo yo el rumbo

de Valencia, y no me voy
sin venganza; con que, al punto...

D. LUIS. Mucha prisa tiene usted
de saludar el sepulcro.

D. SANT. Sígame usted, y veremos
quién hace antes el saludo.
Es la cosa mas sencilla...
En menos de diez minutos
acabamos. Vivo cerca.
Mientras á mi casa subo
y bajo con los floretes
pasan cuatro, y digo mucho:
en otros dos nos plantamos
desde la calle del Burro
en las ruinas del convento
de la merced: no soy zurdo;
usted no es manco; otros tres
prudentemente calculo
para que uno de los dos
viaje en posta al otro mundo.
Ea, vamos.
(*Mira el reloj.*)
Son las seis
menos cuarto, y tres segundos.

D. LUIS. Digo que hoy no me acomoda.

D. SANT. Eso es buscar subterfugios
porque usted me tiene miedo.

D. LUIS. ¿Miedo...? ¡Por Dios trino y uno...
Guie usted. ¡Pronto!

D. SANT. ¡Volando!

(*Asoma Rosa por la puerta de la derecha.*)

D. LUIS. ¡Rosa...! Importa el disimulo.
(*En alta voz.*)
El brazo.

D. SANT. ¡Ah! Sí... ¡Caro amigo...!

(*Se dan el brazo y concluyen el diálogo yéndose hácia la verja.*)

¡Cuántos habrá de este cuño,
que se hacen mil cumplimientos
y se aborrecen *á duo!*

ESCENA XVII.

ROSA.

Por este lado han de estar
aquellos cigarros puros...
(*Los busca por entre los árboles, y los va recogiendo.*)
Es lástima que se pierdan
ó los coja el zamacuco
de Bartolo. A mi barbero
le vendrán de perlas.—Uno.
Bien. ¡Otro! Alli veo dos...
Otro aqui... No hay mas. ¡Qué chusco
estará con uno de ellos
en la boca!—Él es un tuno,
un borrachuelo, un pelon...,
pero no hay otro recurso.

ESCENA XVIII.

ROSA. DON JULIAN.

Don Julian viene de la casa.

D. JULIAN. ¿Por dónde andará esta gente?
A Dios, salada.
ROSA. ¡Pues ya!
D. JULIAN. En casa no he visto á nadie:
ni á la madre angelical,
ni á la hija...
ROSA. Es que las dos
poniéndose ahora estan
de veinticinco alfileres.
D. JULIAN. ¿Y mi hermano?
ROSA. Poco ha
que salió con don Santiago
del brazo.
D. JULIAN. ¡Con un rival!
Mucho me admiro...
ROSA. Presumo

que poco podrá tardar.
Si esta noche se ha de hacer
la cosa...

D. JULIAN. ¡La cosa! ¿Cuál?

ROSA. ¡Cómo! ¿No lo sabe usted?
Tenemos gran novedad.
Esta noche es el dichoso
contrato matrimonial.

D. JULIAN. ¿Se casa al fin? ¡Malogrado
jóven!

ROSA. ¿Malogrado? ¡Quiá!
Él hace su gusto...

D. JULIAN. Él hace
una insigne necedad.

ROSA. ¿Necedad porque se casa?

D. JULIAN. Por eso en primer lugar,
y en segundo por casarse
con mi prima.

ROSA. ¿Pues qué mal
ha de estarle el ser marido
de moza tan linda y tan...
¿No gusta usted de su prima?

D. JULIAN. Tú me gustas mucho mas.

ROSA. ¡Que si quieres...! Á otro perro
con ese hueso.

D. JULIAN. Sí tal.

ROSA. ¡Usté á una pobre criada...

D. JULIAN. Te quiero, á fé de Julian;
y para darte una prueba
de mi cariño...

(*Intenta abrazarla y Rosa le repele.*)

ROSA. ¡Arre allá!
No me quiere quien no guarda
respeto á mi honestidad.

D. JULIAN. Un abrazo mas ó menos
¿qué importa...

ROSA. (*Con aire teatral.*) ¡Jamas! ¡Jamas!

D. JULIAN. ¿Eh? ¿De quién has aprendido
ese tono sepulcral,
asi..., á manera de huérfana
de Bruselas? ¡Voto á San...

Á un lado dengues postizos,
y déjate acariciar.
(*Intenta abrazarla otra vez.*)

ROSA. (*Retrocediendo.*)
Si es cierto que usted me quiere...

D. JULIAN. Furiosamente.

ROSA. Solo hay
un medio...

D. JULIAN. ¿Cuál, vida mia?

ROSA. El vicario y el altar.

D. JULIAN. ¡Altar! ¡Vicario! ¿Qué has dicho?
¿Hablas con formalidad?

ROSA. Pues ¡qué! ¿se figura usted
que sería yo capaz...
Quien su marido no sea
no abraza á Rosa Pascual.

D. JULIAN. ¡Á mí matrimonio! ¿Sabes
que has nombrado á Satanás?
¡Y vive Dios que la boda...

ROSA. Es que yo...

D. JULIAN. Vete á fregar.
(*La vuelve la espalda y se pasea.*)

ROSA. (*Sofocada.*)
Oiga usted; no soy fregona,
sino doncella...
(*Suena en la casa una campanilla.*)
¡Ya van!—
De labor; y me he criado
en buenos pañales; mas...
la culpa es mia porque...
por la política y la...
¡pues! le he tratado á usted con...
tanta familiaridad.

ESCENA XIX.

DON JULIAN.

¡Bueno fuera que despues
de tanto merodear,
sin doblar mi erguido cuello

á la coyunda nupcial,
una criaduela zafia
me hiciera al fin hocicar!

ESCENA XX.

DON JULIAN. DON LUIS.

Don Luis trae la mano derecha vendada.

D. LUIS. Julian.
D. JULIAN. (*Volviéndose.*)
¿Quién... Es Luis. ¿Qué veo?
¿Por qué esa mano vendada?
¿Estás... herido...?
D. LUIS. No es nada.
Gagecillos del empleo.
D. JULIAN. ¿Á ver...
D. LUIS. Un leve pinchazo
que apenas rasgó el pellejo.
D. JULIAN. ¿De veras?
D. LUIS. Mira: manejo
sin dificultad el brazo.
D. JULIAN. ¿Algun duelo?
D. LUIS. Sí.
D. JULIAN. ¿Con quién?
D. LUIS. Con don Santiago.
D. JULIAN. ¿El motivo?
D. LUIS. Un antojo vengativo...
D. JULIAN. ¿Tuyo?
D. LUIS. De mi dulce bien.
En vez de darle un sofion
quiso que yo se le diera.
El otro, que no es de cera,
me pidió satisfaccion;
mas diestro, no mas valiente,
mi rival me ha herido, y ¡zas!
me ha desarmado, *item mas*,
y es milagro que lo cuente;
pero con cara de risa
mira el reloj, pega un brinco

y esclama: "¡seis menos cinco!
Ya basta. Abur. Tengo prisa."

D. JULIAN. ¿Y despues de tal desastre
te casas con esa arpía?

D. LUIS. Deja, hombre, que todavía...
será lo que tase un sastre.
Quiero hacer la última prueba.
La has de decir...

D. JULIAN. ¿Estás lelo?

D. LUIS. Que tengo pendiente un duelo...
Á ver cómo oye la nueva.

D. JULIAN. Pero, hombre...

D. LUIS. De mi enemigo
pinta bien la saña atroz...
(*Cecilia talarea dentro.*)
Ella viene. ¿Oyes su voz?
Me escondo. Haz lo que te digo.
(*Se oculta entre los árboles.*)

ESCENA XXI.

DON JULIAN. CECILIA. DON LUIS.

Empieza á oscurecer.

CECILIA. A Dios, Julian. ¿Y tu hermano?
Ya pronto va á anochecer
y si se han de celebrar
los contratos...

D. JULIAN. ¡Cielos!

CECILIA. ¿Eh?
¡Suspiras...

D. JULIAN. Tú hablas de boda
cuando á estas horas tal vez...

CECILIA. ¿Qué ocurre? Me haces temblar...
¿Qué es de tu hermano?

D. JULIAN. No sé...
Con don Santiago me han dicho
que salió de este vergel
y que iban los dos furiosos
con trazas al parecer

de irse á batir...

CECILIA. ¡Justo Dios!

D. JULIAN. Mi amigo Pepe Garcés,
que acertó á pasar entonces,
oyó hablar...

CECILIA. Hablar... ¿De qué?

D. JULIAN. De pistolas.

CECILIA. ¡De pistolas!
¡Ay Vírgen Santa! ¿Y despues?

D. JULIAN. Tuvo intencion de seguirlos;
pero pensándolo bien
prefirió buscarme á mí...

CECILIA. Por Dios te pido que estés
á la mira. No consientas...

D. JULIAN. Ya ves tú si yo querré...
Pero le he buscado en valde
y á don Santiago tambien.
Don Santiago fue á su casa,
bajó un envoltorio...

CECILIA. ¡Pues!
¡Las pistolas!

D. JULIAN. ¡Ah! Se baten
como cuatro y dos son seis.

CECILIA. ¡Triste de mí! — Aun será tiempo...
Por Dios, corre...

D. JULIAN. ¿Adónde iré?

CECILIA. ¡Qué flema! ¡Y eres su hermano!

D. JULIAN. Sí; pero...

CECILIA. Pregunta...

D. JULIAN. ¿A quién?
Ya es tarde.

CECILIA. Si tú le amaras
como yo le amo...

D. JULIAN. ¡Pardiez!
¡Me reconvienes ahora...,
cuando el riesgo en que se vé
quizá á algun capricho tuyo
le tiene que agradecer!

CECILIA. ¡Ah! Tú me recuerdas... Sí...
Mi imprudencia, mi altivez...
Loca estuve. Yo el funesto

desafio provoqué.
Ahora lloro arrepentida...

D. JULIAN. ¡Á buena hora!

CECILIA. ¿Hay muger
mas infeliz...

D. LUIS. (¡Prenda amada!)

(*Hace un movimiento para salir, y don Julian le detiene.*)

CECILIA. ¡Mal haya, mal haya, amen,
mi locura...

D. JULIAN. ¡Y si supieras,
desventurada, quién es
don Santiago... Si sucumbe
Luis, con ésta serán diez
las muertes que pesarán
sobre su alma.

CECILIA. ¡San José
me valga!

(*Intenta salir otra vez don Luis y le contiene su hermano.*)

D. JULIAN. No le hay mas diestro
para la pistola que él.

CECILIA. ¡Yo muero!

D. JULIAN. Á cuarenta pasos
hace añicos una nuez.

CECILIA. ¡Ah!

(*Se desmaya en brazos de don Julian. Don Luis sale precipitado á socorrerla.*)

D. LUIS. ¡Favor! ¡Bien mio...

D. JULIAN. ¡Calla...

D. LUIS. No puedo mas. ¡Qué interes...
¡Qué amor... Vuelve, vida mia...
Yo te perdono...

D. JULIAN. Deten
la lengua. Ya vuelve...

(*Cecilia suspira. Don Julian hace que su hermano se oculte otra vez.*)

Aparta.

CECILIA. ¿Dónde estoy... ¡Cielos! ¿Por qué,
por qué á mis ojos la luz
aborrecida volveis?

D. JULIAN. ¿Quién sabe... Quizá el combate
se transija en el café.
CECILIA. Yo le seguiré á la tumba;
¡y oh si probarle mi fé
pudiera dando mi vida
por salvar la suya!
D. LUIS. (*A don Julian en voz baja, ya resuelto á salir, pero viendo á doña Josefa se detiene.*)
¿Ves?

ESCENA XXII.

DON JULIAN. CECILIA. DON LUIS. DOÑA JOSEFA.

D.ª JOSEF. ¡Albricias!
D. JULIAN. ¿Qué es eso?
D.ª JOSEF. ¡Albricias!
Ya ha parecido. ¡Oh placer!
CECILIA. ¿Mi Luis?
D.ª JOSEF. ¡La mona!
CECILIA. ¡Mi mona!
¡Qué dicha! Y... dígame usted:
¿quién la ha traído? El hallazgo
que me pida le daré.
D. LUIS. (¡Medrados estamos!)

ESCENA XXIII.

CECILIA. DOÑA JOSEFA. DON JULIAN. DON LUIS. DON AQUILINO.

D. AQUIL. (*Saliendo de la casa.*)
Yo
reclamo el lauro y el prez
de esta empresa. Sí, Cecilia,
que hoy he sudado la hiel.
¡Buen Dios, lo que yo he corrido!
Y estando, ustedes lo ven,
delicado...
CECILIA. ¡Qué fineza!
D.ª JOSEF. Eso es mas de agradecer.

D. AQUIL. (*A don Julian.*)
¿Creerá usted que vengo ahora
desde la calle del Pez...
D. JULIAN. ¡Eh! ¿Qué me importa...
D. AQUIL. (*A Cecilia.*) ¡El hallazgo!
CECILIA. Sí, sí. Mi palabra es ley,
don Aquilino.
D. AQUIL. Quisiera
pedir mas alta merced;
pero mis escasos méritos...,
mi natural timidez...
Por no abusar...
D. JULIAN. (¡Mentecato!)
D. LUIS. (¡Mueble!)
D. AQUIL. Me limito pues...
á que usted me dé á besar
su mano de rosicler.
CECILIA. Si mamá me lo permite...
D.ª JOSEF. Concedido.
CECILIA. Bese usted.
(*Presenta la mano y don Aquilino la besa.*)
D. AQUIL. ¡Oh júbilo!
(*Se presenta don Luis ocultando la mano herida. Al verle da un grito Cecilia.*)
CECILIA. ¡Ah!
D. LUIS. Buen provecho.
Doy á usted mi parabien.
CECILIA. (*Recobrada del susto.*)
¡Eres tú! El novio... la mona...
¡Cuántas dichas á la vez!
D. AQUIL. (*Suspirando.*)
(¡El novio!)

ESCENA XXIV.

CECILIA. DOÑA JOSEFA. DON LUIS. DON JULIAN. DON AQUILINO. ROSA.

ROSA. En la sala espera
el señor don Bernabé.
D.ª JOSEF. Sí; el escribano...

CECILIA. Ha venido
á pedir de boca.
(*A don Luis.*)
Ven...

D. LUIS. Pueden ustedes decirle
que se vaya...

CECILIA. ¿Cómo...

D. LUIS. Á pie,
si no ha traido carruage.

CECILIA. ¿Qué oigo? ¿Te quieres volver
atras...

ROSA. Ya ha puesto en la mesa
media resma de papel...

D. LUIS. Es inútil. Yo no puedo
firmar...

CECILIA. ¡No puedes...! ¿Por qué?

D. LUIS. (*Enseñando la mano derecha.*)
Porque estoy manco.

CECILIA. ¡Dios mio!

D.ª JOSEF. ¡Muchacho!

D. AQUIL. ¡Qué horror!

D.ª JOSEF. Traed
bálsamo...

D. LUIS. No hay que asustarse.
Es un rasguño en la piel.

CECILIA. Respiro.

D. LUIS. Un aviso al novio...

CECILIA. ¡Ah Luis...

D. LUIS. Que yo no echaré
en saco roto.

CECILIA. ¿Qué quieres
decir...

D. LUIS. Lo vas á saber.
Eres muy linda muchacha;
cautiva el alma tu sal;
tu cara no tiene igual;
tu cuerpo no tiene tacha.
Mas fina que el pensamiento,
mas dulce que una colmena,
cantas como una sirena,
y bailas que es un contento.

Tu índole es buena; sí tal,
pero, hablando con perdon
de tia, tu educacion,
dulce primita, es fatal.
Tú eres sensible...
(Viendo que va á interrumpirle Cecilia.)
Ten calma.—
Pero tienes en verdad
tanta sensibilidad...
que no te cabe en el alma.
De aqui nacen tus arranques,
tu viveza singular,
y tu aficion á bailar
con *Aquilinos Carranques.*

D. AQUIL. *(Picado.)*
¡Oiga...

D. JULIAN. *(A don Aquilino con imperio.)*
¡Calle!

D. LUIS. Y tus caprichos
de carácter tan diverso,
y andar tu amor tan disperso
entre hombres, dijes y bichos.
Te he sufrido mil desbarros,
y he podido sin enojo
sacrificar á tu antojo
mi bigote y mis cigarros;
mas con imperio absoluto
echarme á cuestas, sin viso
de razon, el compromiso
de matarme con un bruto;
y á fuer de amante leal
volver á tus pies lisiado
para verme postergado
á un asqueroso animal...;
esto pasa de castaño
oscuro, esto es ya muy negro;
y de recibir me alegro
tan á tiempo el desengaño.
Nadie perfecto nació.
Sé que en la humana familia
mugeres y hombres, Cecilia,

tienen su *contra* y su *pro*;
mas si tu cuenta se ajusta
y á hablar claro me resigno,
ni de tanto *pro* soy digno
ni tanto *contra* me gusta:
y pues te sobran amantes
mas indulgentes, mas bellos,
cásate con uno de ellos...,
y tan amigos como antes.

D. AQUIL. ¡Ah! Si tan alta belleza
me admitiera por esposo...

D. JULIAN. (*Aparte á don Luis.*)
¡Bravo, Luis!

CECILIA. (Aqui es forzoso
sacar fuerzas de flaqueza.)
Es cierto; puesto en el fiel
pro y *contra*, declaro aqui
que ni él nació para mí
ni yo nací para él.

D.ª JOSEF. Bien dicho.

CECILIA. A bien que el casorio
no es para mí tan urgente.

D. AQUIL. Con todo, si usted consiente...

CECILIA. Queda usted de meritorio.

D. AQUIL. (*A Rosa.*)
¡Por ella estoy en los huesos!

CECILIA. Quien lleva por hoy la palma
es ¡mi monita del alma...!
Voy á comérmela á besos.

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA JOSEFA. DON LUIS. DON JULIAN. ROSA. DON AQUILINO.

D. JULIAN. ¡Anda bendita de Dios!
No sé yo, á fé de imparcial
entre ella y la mona..., cuál
es mas mona de las dos.

FIN.